

Cartas imaginarias:
Alberto Castro Leñero, siervo del arte
José Ángel Leyva

Magnicidios: las otras
imágenes del poder
Omar López Monroy

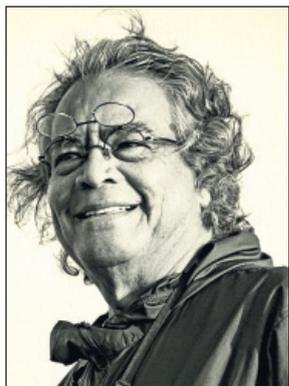
La Jornada
SEMAMANAL

SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA
DOMINGO 29 DE JUNIO DE 2025
NÚMERO 1582



PEDRO VALTIERRA:
SIETE DÉCADAS DE VIDA Y MEDIO SIGLO DE IMÁGENES

Mario Bravo



Portada: Foto: Julio Fuentes.

PEDRO VALTIERRA: 7 DÉCADAS DE VIDA Y MEDIO SIGLO DE IMÁGENES

Hace cinco décadas, en abril de 1975, el fotoperiodista zacatecano Pedro Valtierra vio publicado por primera vez su trabajo y, desde entonces, ha sido uno de los pilares del periodismo gráfico en México, tal como lo demuestra su larga y consistente trayectoria, coronada por una enorme cantidad de reconocimientos a su labor, otorgados dentro y fuera de nuestras fronteras. Más de una imagen captada por su lente oportuna y certera ha recorrido el mundo, convirtiéndose en referencias visuales de una realidad que supo captar en su más profunda esencia. Luego de su paso por los diarios *El Sol de México* y *unomásuno*, en 1984 Valtierra fue fundador de esta casa editorial, y más adelante de las agencias Imagen Latina y Cuartoscuro, esta última también revista, en la cual prosigue generando la iconografía que acompaña e ilustra el día a día de la sociedad entera. Con esta entrega festejamos las primeras siete décadas de vida, cumplidas hoy exactamente, del maestro fotógrafo, el colega y el amigo entrañable.

DIRECTORA GENERAL: Carmen Lira Saade

DIRECTOR: Luis Tovar

EDICIÓN: Francisco Torres Córdova

COORDINADOR DE ARTE Y DISEÑO:

Francisco García Noriega

FORMACIÓN Y MATERIALES DE VERSIÓN DIGITAL:

Rosario Mateo Calderón

LABORATORIO DE FOTO: Adrián García Báez, Israel Benítez

Delgadillo, Jesús Díaz y Ricardo Flores

PUBLICIDAD: Eva Vargas

5688 7591, 5688 7913 y 5688 8195.

CORREO ELECTRÓNICO: jsemanal@jornada.com.mx

PÁGINA WEB: <http://semanal.jornada.com.mx/>

TELÉFONO: 5591830300.

La Jornada Semanal, suplemento semanal del periódico La Jornada. Editor responsable: Luis Antonio Tovar Soria. Reserva al uso exclusivo del título La Jornada Semanal núm. 04-2008-121817375200-107, del 18/XII/2008, otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título 03568 del 28/XI/23 y de contenido 03868 del 28/XI/23, otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Editado por Demos, Desarrollo de Medios, SA de CV; Av. Cuauhtémoc 1236, colonia Santa Cruz Atoyac, CP 03310, Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México, tel. 55-9183-0300. Impreso por Imprenta de Medios, SA de CV, Av. Cuicuilhuac 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, Azcapotzalco, CP 02670, Ciudad de México, tels. 555355-6702 y 55-5355-7794. Distribuido por Distribuidora y Comercializadora de Medios, SA de CV, Av. Cuicuilhuac 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, Azcapotzalco, CP 02670, Ciudad de México, tels. 55-5541-7701 y 55-5541-7702. Prohibida la reproducción parcial o total del contenido de esta publicación por cualquier medio, sin permiso expreso de los editores. La redacción no responde por originales no solicitados ni sostiene correspondencia al respecto. Toda colaboración es responsabilidad de su autor. Títulos y subtítulos de la redacción.



▲ Vittorio Sereni, Milán, 1975.

DIARIO DE ARGELIA

(FRAGMENTOS)

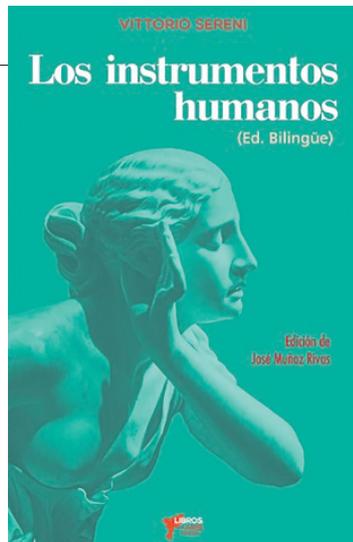
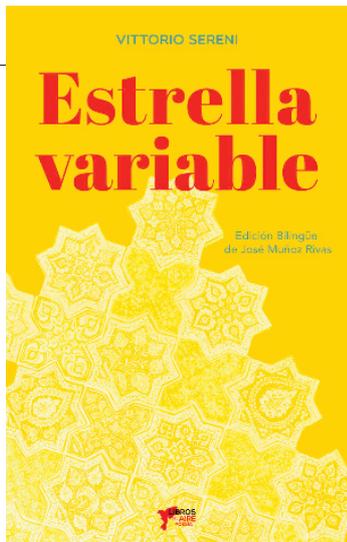
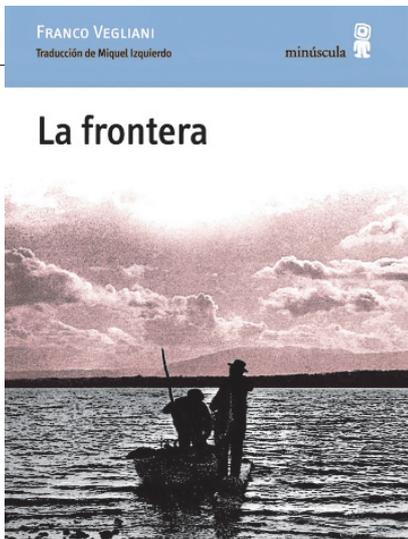
No hay muchos poetas italianos de la segunda mitad del siglo XX que a lo largo del tiempo hayan logrado el respeto del que goza Vittorio Sereni (Luino, 1913-Milano, 1983), a pesar de haber publicado sólo cuatro poemarios: *Frontera* (*Frontiera*, 1941), *Diario de Argelia* (*Diario d'Algeria*, 1947), *Los instrumentos humanos* (*Gli strumenti umani*, 1965) y *Estrella variable* (*Stella variabile*, 1981). Nacido en Luino, un pueblo de Lombardía cerca de la frontera con Suiza, en las riberas del Lago Maggiore, en 1933 llega a Milán para cursar la carrera de Leyes, que pronto abandona por la de Letras. Durante sus estudios conoce a varios intelectuales que se vuelven sus amigos: críticos literarios como Luciano Anceschi, artistas como Renato Guttuso, poetas como Salvatore Quasimodo, Leonardo Sinisgalli, Alfonso Gatto y Antonia Pozzi. Colabora con revistas destacadas como *Frontespizio*, *Letteratura*, *Campo di Marte* y *Corrente*, y trabaja como maestro de italiano y latín en un Liceo de Modena. Empieza la segunda guerra mundial, y Sereni, oficial de infantería, debe enrolarse. Después de viajar con su compañía a Grecia y volver a Italia, prácticamente sin combatir, en 1943 es enviado a Sicilia; allí las tropas aliadas lo toman preso junto con sus compañeros cerca de Trapani, en la costa oeste de la isla. Pasa los dos siguientes años en Argelia, primero, y luego en el Marruecos francés, en campos para prisioneros de África del Norte, bajo el mando estadounidense. Terminada la guerra, regresa a Italia en julio de 1945. Retoma sus clases

en Milán, para luego entrar a trabajar en la fábrica Pirelli y, a partir de 1958, en Mondadori, en calidad de director editorial. Deja su puesto en 1975, cuando ya había empezado a viajar (Barcelona, Praga, Holanda, Estados Unidos, Egipto, México –en 1974–, Provenza). Muere en Milán en 1983 a causa de un aneurisma.

La poética de Vittorio Sereni se desarrolla de forma homogénea ya desde su primer poemario: como en el Montale de *Huesos de sepia* (1925), también en Sereni la realidad parece estar cerca de “traicionar su último secreto”, y sin embargo nada es revelado detrás del velo que la cubre y disfraza, volviéndola hostil a los humanos. De allí los sentimientos de espera, duda, suspensión, misterio e inefabilidad que recorren toda su poesía. A diferencia de los herméticos, en Sereni siempre hay un enfoque concreto: los objetos y los hechos no son misteriosos por razones metafísicas, sino por una falla histórica o existencial que los ocupa al igual que los hombres, sin salvación posible que no sea, precisamente, la observación, la conciencia, la memoria, la búsqueda del contacto y el diálogo, los afectos, la amistad. El poeta exhibe entonces el registro doloroso de una condena terrenal que no quiere opciones celestes, sino que está en las cosas, y trata de aislar y rescatar del flujo cotidiano los momentos más llenos de sentido, o los que así parecen. De esta forma Sereni logra construir un discurso que, a pesar de estar roto y ser provisional, casi siempre tentativo, se impone por su alta necesidad e intensidad, y estilísticamente, por la concentración expresiva y la reducción de la experiencia propia y ajena a una esencia entrevista y valiosa, aun cuando improbable.

El *Diario de Argelia* (1947; segunda edición aumentada, 1966), basado en la experiencia directa como preso en los campos de reclusión

Vittorio Sereni



de África del Norte, relata el desfase entre vida y *kairós* (momento propicio), historia e Historia, deber moral y culpa, libertad y destino: Europa ardía, pero Sereni estaba fuera de todo, derrotado, aislado, condenado a una exclusión impuesta y sentida como una forma larval de existencia. Sólo la belleza y el deporte, por su poder de rescate del anonimato, su valentía y su gracia, parecen conservar algún valor, aliviando el agobio; y la profunda ternura que sólo el derrotado, el excluido, el condenado puede sentir hacia sus hermanos, pertenezcan al ejército propio o al ajeno.

Del *Diario de Argelia* proponemos algunas versiones que el poeta mexicano Marco Antonio Campos y el que escribe preparamos juntos. Son inéditas.

Stefano Strazzabosco

Italiano en Grecia

Primera noche en Atenas, extenso adiós de los convoyes que rozan tus bordes colmados de agobio en esta larga semioscuridad. Como un duelo he dejado el verano entre las curvas y mar y desierto es el mañana sin ninguna estación. Europa Europa que me miras descender inerme y absorto en un grácil mito mío entre las filas de los brutos, yo soy un hijo tuyo en fuga e ignoro todo enemigo menos la tristeza o alguna rediviva ternura de lagos de frondas tras los pasos perdidos, estoy vestido de polvo y de sol, voy a condenarme a enarenarme por años.

Pireo, agosto de 1942

Dimitrios

A la tienda se acerca el pequeño enemigo Dimitrios y me sorprende, de pájaro tenue chillido en el cristal del mediodía. No tuerce la boca pura la gracia que pide pan, no se vela de llanto la mirada que hambre y miedo deslíe en el cielo de infancia.

Ya está lejos, sutil remolino que el bochorno cancela,



Dimitrios – en estos páramos avaros apenas creíble, apenas vivo temblor de mi, de mi vida vacilante en el mar.

Pireo, agosto de 1942.

La muchacha de Atenas

Ahora el día es un suspiro y toda el Ática una sombra. Y como un brillo enciende los opacos vidrios que van huyendo es tu rostro que brota allá abajo desde el círculo de luz que tú enciendes al icono en la noche.

Pero aquí

donde más y más escasas se abaten de la última caza las presas entre las plantas que siguen la frontera, ay que ese puro signo de tus sílabas se estropea, en torcido cirílico se muda. Y tú: cómo oscureces poco a poco. Ya no puedes quedarte, estás perdida en el fragor del último viaducto.



Renacen la valentía y la gracia. No importa en qué formas – un partido de fútbol entre prisioneros: en especial aquél allá abajo que juega de ala. O tú tan ligera y rápida en los pastos sombra que ya se extiende en el tenaz crepúsculo. Se tuerce, flama mucho al acabar un incoloro día. Y cómo esfuma tu carrera quimérica se agranda en mí amargado en la estela.

Sainte-Barbe du Thélat, mayo de 1944



Sólo es cierto el verano y esta su luz que nivela. Y cada quien se allegue el siempreverde árbol, el cono de una sombra, el agua beata lustral y la telaraña tejida de hastío en estanques malvados quede un sudario de iris. Allá está el seto endeble, un halo de polvo rojizo, mas sepulcral el canto de una turba alemana a la fuerza perdida.

Ahora toda fronda está muda compacta la cáscara del olvido el círculo perfecto.

Saint-Cloud, agosto de 1944

Versiones de Marco Antonio Campos y Stefano Strazzabosco.

CARTAS IMAGINARIAS. ALBERTO CASTRO LEÑERO, SIERVO DEL ARTE

Retrato en formato de diálogo epistolar de Alberto Castro Leñero (CDMX, 1951), escultor, pintor y artista gráfico y con talento de poeta. En este texto habla de su infancia, su padre, la relación con sus hermanos, también notables pintores, y de su total entrega al arte.

Carta 1.

ESTIMADO ALBERTO, gracias por permitirme conocer tu taller de artista. Es un gran espacio, una construcción para grandes formatos. La luz se derrama generosa y puedo verte caminar con tu sombra a un costado, atenta a los silencios que sueles romper con música que llamas ambiental de contención, como la de Massive Attack. Entre mesas de trabajo, cuadros, esculturas y proyectos en madera sobre el piso, escucho serpentear tu voz amable y titubeante. Dices que no eres hombre de palabras, y pensar que pudiste ser presa de la poe-

José Ángel Leyva



Alberto Castro Leñero. Foto: José Ángel Leyva.

sía, de ese amor oculto por las imágenes verbales. Tenías, desde luego, madera de poeta. Lo confirma ese poema que me has compartido, “Balanza”: “Tal vez/ el mundo no es un espejo plano/ apoyado en una torre infinita de tortugas./ Tal vez/ la sombra geometrizada/ forma nuestro doble/ en una parte virtual/ del mundo subterráneo./ Tal vez/ la justicia no existe/ y la balanza que sostiene/ el ángel ciego/ es sólo un instrumento/ de geometría arcaica.”

En ese ambiente religioso en el que fuiste educado con tus hermanos, no deja de intrigar cómo fue que tú y ellos: Miguel, José y Francisco, hayan elegido el camino del arte, en específico de la pintura, y que no hayan seguido el sendero del sacerdocio como tu hermano Juan, el primogénito, quien me cuentas que es misionero marista y ahora reside en Indonesia. Pero además, en un país de pintores, ¿cómo fue posible que los cuatro hayan descollado, cada uno con su propio lenguaje, con sus búsquedas y propuestas? Aún más, que te hayas casado con la pintora Teresa Zimbrón y que tus dos hijos varones, Marcos y Daniel, sean también artistas visuales, uno pintor y el otro cineasta. Vives en un mundo familiar regido por el arte.

Carta 2

ESTIMADO JOSÉ ÁNGEL

Me induces a hurgar en mis recuerdos. Desde que vivíamos en la colonia San Pedro de los Pinos, en la calle 9, con mis abuelos maternos, mi abuela, quien había estudiado decoración en una época de su vida, nos ponía a dibujar a mí y a mis hermanos. El mayor, Juan, no se interesó por las artes, siguió el sacerdocio y se convirtió en misionero marista. Ahora se encuentra en Camboya. Mi padre era de origen humilde, pero estudió contabilidad. No obstante, siempre manifestó mucho interés por el conocimiento y por las artes. En varias ocasiones lo vi conmoverse ante una pintura, descubrí en él un semblante, un aire de libertad, cuando regresaba de un museo o de una galería. A través de su emoción se abría un mundo diferente al que nos tenían acostumbrados en una atmósfera religiosa.

Mis hermanos y yo competíamos para ver a quién le salían mejor los dibujos. Eso era parte de nuestros juegos. Mi abuela también nos ponía a pintar porque una hermana suya había sido pintora, pero murió joven. Nos mostraba sus cuadros de pequeño formato, pintados al óleo. Vivíamos todos juntos en la casona de mis abuelos maternos, en San Pedro de los Pinos. Cada uno de mis hermanos tenía sus propias habilidades y sus talentos. José era muy bueno para dibujar cómics, Francisco era muy aplicado y pintaba más figurativo, Miguel era un dibujante muy dotado. Cuando di el primer paso hacia las artes plásticas, ellos también se fueron por ese camino. Yo era el mayor de los cuatro, pero desde el principio dominó un criterio: ser cada uno diferente a los demás, crecer independientemente de los otros. No ha sido fácil ser hermanos con esa mentalidad, con un carácter bien diferenciado. Durante años impusimos distancia entre unos y otros para evitar mutuas influencias. Ahora, ya de mayores, hemos buscado coincidir en convocatorias colectivas. Tal vez con quien más complicidad tuve fue con Francisco. Hubo una época en la que yo pintaba en su taller porque me prestó un espacio para preparar una exposición. Fue un momento de distensión en nuestras vidas. Podíamos pasar largas horas platicando y bebiendo tequila. Pero también con mis otros hermanos tuve esos acercamientos cuando hubo oportunidad de hacer proyectos comunes. Recuerdo que muy jóvenes teníamos reuniones frecuentes con Juan García Ponce.

Carta 3

MUY ESTIMADO ALBERTO, recibo tus poemas y debo reconocer que me gustan. No es frecuente hallar buenos pintores que resuelvan bien los versos. Pero hay ejemplos notables entre los artistas, como el caso emblemático de William Blake o de Paul Klee, quien quiso ser poeta antes que pintor. En México tenemos ejemplos cercanos, pintores que ven en la escritura un recurso de su propio lenguaje plástico, como Magali Lara o Marcos Límenes. Cuando afirmas que “los poetas son otro



mundo”, estoy persuadido de que los escritores pensamos lo mismo de los artistas visuales, porque son formas diferentes de asumir los lenguajes y las vidas. Los poetas, a diferencia de los músicos, cineastas, pintores, escultores, e incluso los narradores, son los que menos posibilidades tienen de vivir de su oficio y están destinados a vivir para su oficio. Recuerdo a nuestro amigo Antonio Ortiz, *el Gritón*. Lo conocí cuando escribía extensos poemas a la William Blake, pero al final aceptó que su camino no eran los versos sino los pinceles. Sé que tuviste con él mucha cercanía y afinidad. Fue tan súbita su muerte, tan repentino el desenlace, que no pudiste llevar a cabo un proyecto que los entusiasmaría a ambos.

Lo sé, fuiste amigo de David Huerta desde los años ochenta y eso lo plasmas en tu mural *Desplazamiento*, exhibido en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. También me cuentas que Salvador Gallardo, nieto del Dr. Gallardo, miembro de los estridentistas, te presentó al legendario Sergio Mondragón, quien con Margaret Randall fundó y dirigió la revista *El Corno Emplumado*. Fuiste, por cierto, uno de los pintores que apoyaron la revista *Alforja* en sus inicios, donando un grabado para acompañar cien de sus ejemplares y apoyar así la supervivencia de esa revista de poetas. “Los poemas cruzan el espacio como la música”, escribes con lirismo en uno de tus WhatsApp, al tiempo que recibo tu poema “Dientes de sable”: “Obscuro y poderoso/ el esqueleto/ de un tigre dientes de sable/ se exhibe en una vitrina/ del Museo de Las Culturas/ en la calle de Moneda./ Entre los traficantes de baratijas/ el tigre dientes de sable/ es un semidiós de huesos negros.”

Carta 4

JOSÉ ÁNGEL

A diferencia de otros compañeros de mi generación que tenían la oportunidad de dedicarse por completo a su formación como artistas, yo tuve que trabajar durante dos años como ilustrador para subsistir. Luego conseguí una casa vieja donde pude desplegar mis necesidades creativas. Mi primer trabajo fue como dibujante en el

IMSS, en un pequeño departamento dedicado a los campesinos. Tiempo después conocí al diseñador Rafael López Castro, quien me conectó con el Fondo de Cultura Económica para hacer portadas. A finales de los setenta vendí una obra para unos diseñadores. Creo que era una pintura sobre tela hecha con material barato. Pero cuando empecé a producir más en serio, el doctor Alfredo Valencia, joven psiquiatra, me empezó a comprar obras. Nos hicimos amigos.

Me casé muy joven, en 1978, pero el arte estaba ligado de manera práctica a lo que hacía, a un ejercicio laboral y funcional. Trabajaba para publicaciones didácticas y carteles. Pintaba en el tiempo que me dejaban mis actividades laborales y la escuela. De manera casi natural vendí mis primeras obras. Esa fue la señal de que sí podía vivir del arte. Luego participé en una convocatoria para una beca que lanzaron en San Carlos y la gané. Me fui a estudiar a Italia, y cuando regresé, la Escuela Artes y Diseño se estaba mudando para Xochimilco. Como tenía un proyecto para pintar una exposición, solicité un salón en la Academia de San Carlos, y me lo concedieron.

Carta 5

ESTIMADO ALBERTO

Estaba convencido de que, como la mayoría de tus coetáneos, habías sido alumno de Gilberto Aceves Navarro, quien, por cierto, propuso e inició la donación de grabados para *Alforja*. Tenía, como tú, una fuerte simpatía por los poetas. Ahora lo comprendo, mientras los demás recibían sus enseñanzas matutinas, tú debías trabajar. Sin duda ese oficio temprano de ilustrador y diseñador están aún presentes en tu obra plástica. Me parece muy interesante que tu primera tarea fue hacer carteles, que los propusiste como representación de una letra en cada uno, a manera de alfabeto. Hoy concibes así tu obra: como construcción o desarrollo de conjuntos o sistemas alfabéticos, alfa-albéricos, que se combinan y se ensamblan con las otras partes para dar nuevos significados estéticos. “Ahora busco hacer conexiones con la obra del Cenart, del Metro, de la instalación de cuatro piezas en Postgrado, del mural de San Ildefonso”, me dices en un mensaje.

La misma razón por la que no tomaste clases con Aceves Navarro fue la que te impidió ser parte del grupo Suma, del que la mayoría de tus compañeros hicieron parte. Ricardo Rocha, el artífice de ese grupo artístico y político a partir de su magisterio, sí fue tu maestro. Por supuesto, simpatizabas con su ideario, sus principios, sus acciones. Te gustaban mucho los grandes formatos en los que pintaban y la manera como trabajan la pintura: una especie de resina con pigmentos. Todos salían a las calles a pegar estenciles. Confiesas que también pesaba la ideología de derecha de tu padre. Esa es la razón por la que ves como paradójico su amor por el arte, su gusto por las manifestaciones estéticas. A pesar de que abominaba del comunismo y las ideas de izquierda no puso reparos cuando supo que tú y tus hermanos habían elegido estudiar artes plásticas. Él no ignoraba que allí había un ambiente bohemio y bullían las ideas contestatarias y subversivas de toda índole. Pero tú trabajabas y eso era para él una señal de que estabas en el camino correcto. Cuando comenzaste a pintar y a definir tu discurso no era lo que él esperaba, y algunas vez te dijo, “qué cosas tan horribles pintas, hijo”.



Obras de Alberto Castro Leñero.

Carta 7

JOSÉ ÁNGEL

Durante años tuve la idea de que el artista y la persona no deben de lucir. Es seguramente una enseñanza familiar. Una represión católica, una fijación de humildad. Hace veinticuatro años dejé la bebida. Casi un cuarto de siglo. A pesar de que tiendo a no ser estable, llevo una vida familiar sostenida. Pero creo que la estabilidad me conflictúa; me da el anclaje, pero reprime otros sentidos que anhelan abrir espacios, forzar cerraduras, trazar nuevos caminos.

Carta 7

ESTIMADO ALBERTO

Es difícil imaginar, en tu semblante calmo, un episodio de aguas turbulentas y oscuros recorridos. Pero me obliga a reflexionar, en ese sentido, tu comentario acerca de tu convicción de que no eres un hombre que busque para sí los reflectores, aunque propicie entrevistas y atención de los medios a tu obra. Afirmas que tú, como tus hermanos, padeces de cierto pudor de mostrarte, de exhibirte, aunque para dar a conocer tu trabajo dependas de estrategias publicitarias, pero en el fondo hay un apetito de silencios, de intimidad, antes que el barullo. Por eso, cuando les propones acciones culturales o de cierta intención política, tus hermanos te responden que no, para qué, si la única tarea de ustedes es pintar, crear, ejercer el oficio lo mejor posible. Y si, en efecto, te repites, tú también te ves como un instrumento del arte, como parte de la estrategia de la obra. Como si ésta, la obra, fuera un ente que demandara, además de respeto, subordinación. Me confías que sí, te asumes como un siervo del arte, su humilde usufructuario, porque un artista tiene una vida con fecha de caducidad, mientras que la obra puede perdurar, incluso en el anonimato ●

La investigación policíaca o periodística, cinematográfica, a veces incluso literaria sobre atentados o ataques con y sin éxito contra figuras del poder político, revelan aspectos profundos de la época en que ocurren y, sobre todo, las entretelas y mecanismos del poder mismo. Este artículo recorre algunos de esos momentos en nuestro país y las obras que se crearon basadas en ellos.

Una imagen esquiua

En un sentido amplio, la imagen puede ser un mecanismo de diálogo entre el pasado y el presente. El poder es un ente complejo: a veces una sola persona lo posee en demasía, invariablemente es parte de un ecosistema que lo sustenta, y está asociado con ideales como la justicia. Una imagen inquietante en torno al poder es el magnicidio: esa otra imagen del poder. No pocas veces el periodismo y la investigación académica han sido el punto de partida para reconstruir esa otra historia; a veces la crónica precede a la novela o en otras la alimenta, también puede ser el hilo conductor de una película o un filme documental. De la época del porfiriato al último gobierno priista del siglo pasado se han consumado algunos magnicidios y sucedido algunos intentos fallidos.

Un expediente casi olvidado

Expediente del atentado (2007), de Álvaro Uribe, trajo a cuenta un hecho sucedido hace ya más de cien años: el ataque al entonces presidente Porfirio Díaz el 16 de septiembre de 1897, en pleno desfile conmemorativo de la Independencia nacional. Arnulfo Arroyo intentó atacar –sin armas– a Díaz. Esta novela polifónica narra que tras el fallido ataque Arroyo fue encarcelado y, bajo la custodia de las autoridades, supuestamente apuñalado por una turba enardecida y patriótica. El entonces inspector general de Policía, Eduardo Velázquez, por un supuesto fervor patriótico y de adición al mismísimo Porfirio Díaz fue acusado de encabezar la masacre contra Arroyo, pero no rindió cuentas ya que antes del juicio se suicidó.

Esta gran pieza de inquietante narrativa y profunda investigación fue llevada al cine por Jorge Fons: *El atentado*, justo en 2010, el centenario del inicio de la Revolución Mexicana. Como la novela, el filme da cuenta de la convulsión que generó el atentado al régimen porfirista. Son innumerables las muertes que involucraron decisiones directas de Porfirio Díaz (verbigracia la rebelión del pueblo de Tomóchic), y cientos las indirectas en su búsqueda de *paz y progreso*; sin embargo, logró salir con vida del país en 1911 en medio de la revuelta civil. En cambio, Arnulfo Arroyo no tuvo un juicio ni mucho menos la oportunidad de purgar su condena; murió peor que “un perro callejero [...] con un bozal bien ceñido para no permitirle siquiera el desahogo de ladrar”.

Omar López Monroy

MAGNICIDIOS: LAS OTRAS IMÁGENES DEL PODER



▲ Fotograma de *El atentado*, 2010.

El poder y la fe

UN MOMENTO complejo entre la relación del Estado mexicano con la Iglesia católica fue la época de la Guerra Cristera, y el evento crucial de la misma fue el asesinato, el 17 de julio de 1928, de Álvaro Obregón, entonces presidente electo, en desacato a la consigna revolucionaria: sufragio efectivo, no reelección.

Durante la segunda mitad del siglo XX las telenovelas moldearon las conciencias de gran parte de la población mexicana. Televisa produjo varias telenovelas con temática histórica con la cuestionable supeditación del relato histórico en favor de una *buen trama*.

En 1987 se estrenó *Senda de gloria*, que desde el primer capítulo da cuenta de su carácter aleccionador y paternalista con miras a postular que México debe guiarse en torno al respeto de las leyes que nos rigen, mismas que para muchas mexicanas y mexicanos no ha sido más que letra muerta. Esta telenovela, creada por Fausto Cerón Medina, buscó contar la historia política del país entre 1917 y 1938, por lo que abordó el asesinato de Obregón a manos de José de León Toral.

La telenovela presenta el arrepentimiento aleccionador de Toral tras su acto homicida, quien deja constancia por escrito que de haber conocido antes la valía de Obregón no lo hubiera matado, pero a pesar de haberse arrepentido pagó con su vida su delito, locura o fanatismo... El narrador omnisciente de la historia reafirma este aspecto

difuso en torno a la muerte de Obregón y, quizá para mantener un estereotipo de género en donde las mujeres son dóciles por naturaleza, se omite mencionar a Concepción Acevedo, *La madre Conchita*, condenada también por este asesinato pero que, a diferencia de Toral, purgó su condena en la extinta prisión de Las Islas Marías, y ponía en evidencia que Toral no fue un asesino solitario.

Con todo lo que implica, para muchas personas esta telenovela significó su primer y quizás único contacto con este episodio histórico. Televisa, durante décadas un instrumento del Estado priista (*el Tigre Azcárraga dixit*), ha influido en la noción que tenemos de nuestra historia reciente.

La oscuridad del poder

LA HISTORIA DE Carlos Castañeda sigue pareciendo brumosa y terrible: decidió atacar al entonces presidente Gustavo Díaz Ordaz Cacho Robles. Alcanzó a realizar un solo disparo –la vieja Luger P.38 se encasquilló– contra el vehículo en que viajaba el entonces secretario de la Defensa, General Marcelino García Barragán, el 5 de febrero de 1970, durante en el contexto del evento conmemorativo en torno al surgimiento de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos en 1917.

En la novela *Disparos en la oscuridad* (2011), de Fabrizio Mejía, el intento de magnicidio parece la justificación de los delirios persecutorios del expresidente Ordaz, quien desde que supo que México sería sede de los Juegos Olímpicos estuvo



Fotograma de *Colosio: el asesinato*, de Carlos Bolado, 2012.



Cartel de *El paciente interno* de Alejandro Solar, 2012.

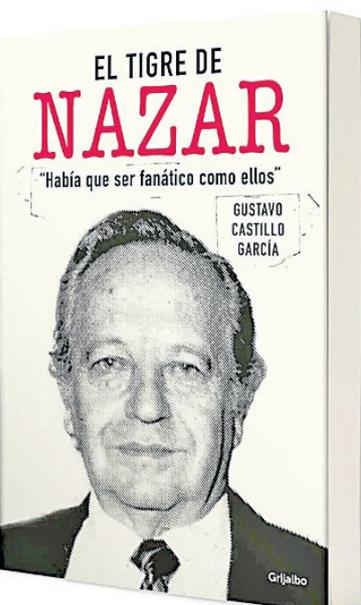
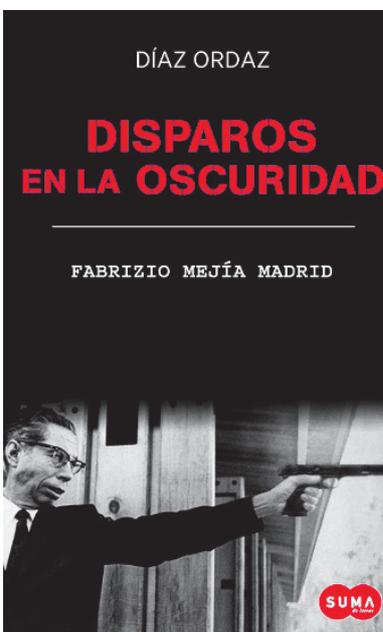
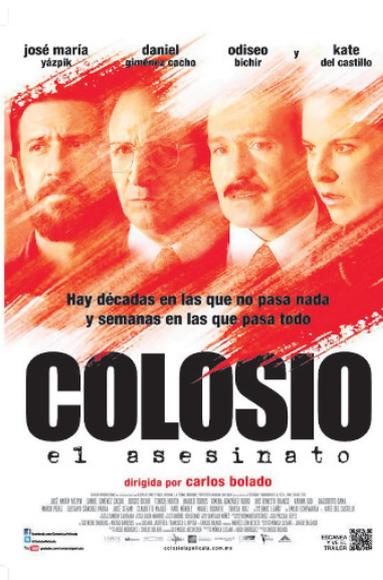
convencido de que la República –la de unos cuantos– estaba en peligro. Al final de esta historia Ordaz termina tragado por su propia demencia, disparándole a la inmensa oscuridad que lo devora. En este tajo de la realidad inserto en la literatura quedan unidos los nombres de Ordaz y Carlos Castañeda, quien quería ser sacerdote y emular a León Toral, y decidió tomar la justicia por su propia mano responsabilizando a Díaz Ordaz por la masacre del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco; de hecho, en 1969 y ante el Congreso de la Unión, el entonces presidente asumió toda la responsabilidad por estos hechos.

Por su parte, el relato periodístico, construido de manera impecable por Gustavo Castillo, publicado en cuatro entregas en *La Jornada* (2004), resulta la punta de lanza en torno a esta historia negada del hombre que intentó matar al malhadado Díaz Ordaz. Después ser “entrevistado” por el temido Miguel Nazar Haro, exdirector de la temible Dirección Federal Seguridad, el poder judicial al servicio del régimen ordacista declaró a Carlos Francisco Castañeda de la Fuente “inimputable” y fue recluso en el Hospital Psiquiátrico Samuel Ramírez Moreno hasta la década de los noventa. En 1992, la hoy abogada Norma Ibáñez acudió a dicho hospital con la finalidad de realizar un trabajo académico, y a cambio le tocó revisar los expedientes legales de los pacientes; gracias a su labor Carlos pudo salir de su encierro.

El documental *El paciente interno* (2012), de Alejandro Solar Luna, arranca cuando Carlos Castañeda tiene sesenta y un años, ha logrado sobrevivir a la justicia mexicana y busca resguardo en un albergue capitalino. Aunque la historia de Carlos se fue convirtiendo en una especie de leyenda, durante décadas no fue revelada en los medios masivos de comunicación en tanto él descendió a las fosas más profundas del poder. Desde el primer momento nunca tuvo la oportunidad de enfrentar las consecuencias legales de sus actos, al contrario, se le diagnosticó un padecimiento mental y su referencia médica “es similar a los dictámenes que se han hecho de Mario Aburto Martínez” –homicida de Luis Donald Colosio. En una parte del filme Castañeda narra que leyó en *La Jornada* que su caso podría ser la punta del iceberg en torno a más desapariciones forzadas durante la época de la llamada Guerra Sucia.

Política ficción

DESDE EL ASESINATO del entonces candidato oficial a la Presidencia de la República, Luis Donald Colosio Murrieta, aquel 23 de marzo de 1994 en la colonia Lomas Taurinas de Tijuana, se han escrito cientos de textos en torno a este magnicidio; cada determinado tiempo se ha revelado nueva información sobre el caso, pero sin cambiar del todo la percepción de que éste fue un martirologio democrático. Mario Aburto Martínez fue sentenciado a cuarenta y cinco años por este delito que la justicia mexicana decidió que cometió de manera



solitaria.

En alguna de las charlas que tuvo con Gustavo Castillo, con el fin de realizar *El tigre de Nazar*, libro sobre este personaje emblemático del Estado Mexicano priista del siglo pasado, Miguel Nazar Haro le regaló el libro de Antonio Velasco Piña, *El Círculo Negro. El grupo secreto que conservó el poder más de siete décadas*, en donde se sugiere que ni el Círculo que controlaba los hilos del poder en el país ni Carlos Salinas, entonces presidente de México –tras ser acusado de haber ganado por un fraude electoral en las elecciones de 1988–, eran responsables de los hechos ocurridos en Lomas Taurinas, y más bien sugiere que aquello fue parte de un complot organizado por “fuerzas del mal” como el narcotráfico y las “sectas de la magia negra”. Por su parte, en el filme de docuficción *Colosio: el asesinato*, de Carlos Bolado, estrenado en 2012, uno de los protagonistas del mismo: Don Fernando –quizás Gutiérrez Barrios, personaje político que como Nazar Haro conocía la raigambre del poder en este país– refiere que varias personas querían ver muerto a Colosio, “todos los planearon –líderes políticos, religiosos, empresariales nacionales y extranjeros, narcotraficantes– pero nadie era el responsable [...] crimen de Estado.”

Después de poco más de treinta años de este suceso que cimbró las entrañas del poder en México no hay una versión definitiva, pero sí un punto de partida, una cinta de moebius: el video donde el arma homicida surge de la multitud para abatir al candidato presidencial, tras el disparo la “escena de la realidad” se torna caótica y el espectador no puede identificar con claridad quién disparó –en menos de una hora las primeras imágenes y evidencia del atentado contra Colosio fueron difundidas ampliamente por Televisa, creando gran conmoción en el país. ¿La realidad se convirtió en ficción? La vida política y cultural en México cambió irreversiblemente; en tanto, Ernesto Zedillo, quien se convertiría en presidente de México tras la muerte de Colosio, sigue creyéndose un gran demócrata, el expresidente Carlos Salinas dice estar desempleado y Mario Aburto continúa tras las rejas.

Quien manda y se equivoca...

SIN EVADIR LA cuestión de las víctimas directas de estos casos, es importante mencionar que a partir de las pesquisas para esclarecerlos hubo otras víctimas, como los familiares de Carlos Castañeda y Mario Aburto, porque lamentablemente resulta común encontrar que la impartición de justicia en México en ocasiones implica violentar los derechos de algunas personas; *daños colaterales*, diría el expresidente Felipe Calderón. Cada caso es parte de esa otra imagen del poder que a veces sólo conocemos gracias a la literatura, el cine y la investigación periodística y académica; pero estas mismas herramientas culturales pueden ser usadas para ocultar o tergiversar la historia ●

PEDRO VALTIERRA: SIETE DÉCADAS DE VIDA Y ME



▲ Fotos: Pedro Valtierra.

El 20 de abril de 1975, en las portadas de cuatro diarios mexicanos, aparecieron las fotografías hechas por Pedro Valtierra, un joven que apenas alcanzaba dos décadas de vida. Las imágenes, realizadas en un evento del entonces presidente de México, Luis Echeverría, se convirtieron en el primer trabajo publicado del experimentado fotoperiodista zacatecano que hoy, 29 de junio de 2025, cumple sus primeros setenta años.

Tras una larga carrera detrás de la cámara y ante el mundo, sobre todo en su faceta conflictiva y oscura, el ganador del Premio Internacional de Periodismo Rey de España en 1998, afirma con serena certeza: “La fotografía no es la cámara. Puedes tener el mejor equipo, pero te haces fotógrafo mediante aquello que quieres decir y a través de tus ideas.”

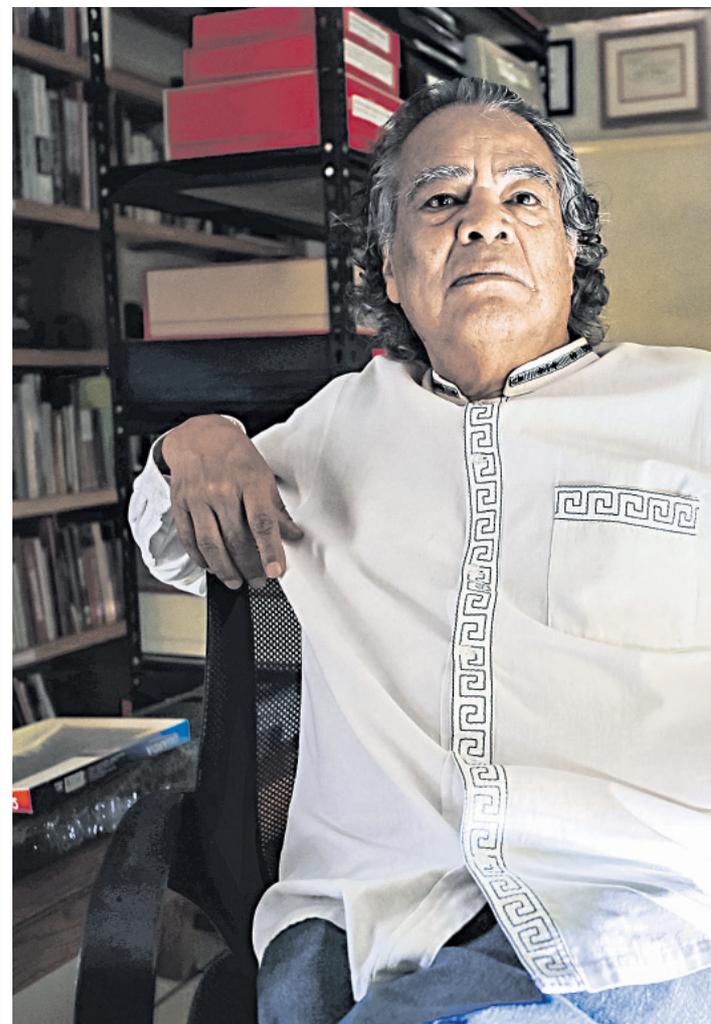
Mario Bravo

“La verdad, todo lo veo en formato fotográfico: ahora mismo te miro y percibo un encuadre”, confiesa Pedro Valtierra (Fresnillo, 1955) quien, en 1969, junto a sus padres y hermanos migró a la capital de México, urbe en donde buscó el sustento diario en diversas faenas como la albañilería. Atrás quedó entonces la sensación en cada centímetro de la piel al recostarse sobre un verde campo en su natal Zacatecas; también distantes –aunque indelebles en su memoria– se hallaron otros cielos y el aroma de la tierra mojada. El hijo de Socorro Ruvalcaba y de Juan Valtierra, autodidacta, bolero de 1971 a 1972, conserje de 1973 a 1975, fotógrafo en el diario *unomásuno* y jefe del departamento fotográfico de *La Jornada* en dos etapas (1984-1986 y 1995-2000), así como fundador tanto de la agencia como de la revista *Cuartoscuro*, en abril de 2025 cumplió medio siglo de encuadrar instantes, postales y retratos del mundo.

Caminar, ver y observar

¿Cómo se aproxima el fotógrafo a un grado de invisibilidad para que la gente note la cámara lo menos posible?

–Es una buena pregunta. La mejor manera de ser invisible es a través de la discreción, no llamar la atención, moverte con sigilo, observar y respetar las normas de cada evento que cubres. Así he sido a lo largo de mi vida, incluso asistiendo no sólo a protestas, sino en reportajes con las personas: allí necesitas empatía y no alterar las circunstancias ni la escena, pues la cámara es muy agresiva. Si llegas y disparas antes de cualquier otra cosa, hallarás que la gente cambia de actitud y con tu presencia alteras la escena. Es un tema de actitud. Si arribas a una comunidad recomiendo

▲ Pedro Valtierra en *La Jornada*, 2 de Abril de 2025. Foto: La Jornada / Marco Peláez.

▲ Una mujer tsotsil increpa a un soldado en Chenalhó, Chiapas, 10 Foto: La Jornada/ Pedro Valtierra.

DIO SIGLO DE IMÁGENES



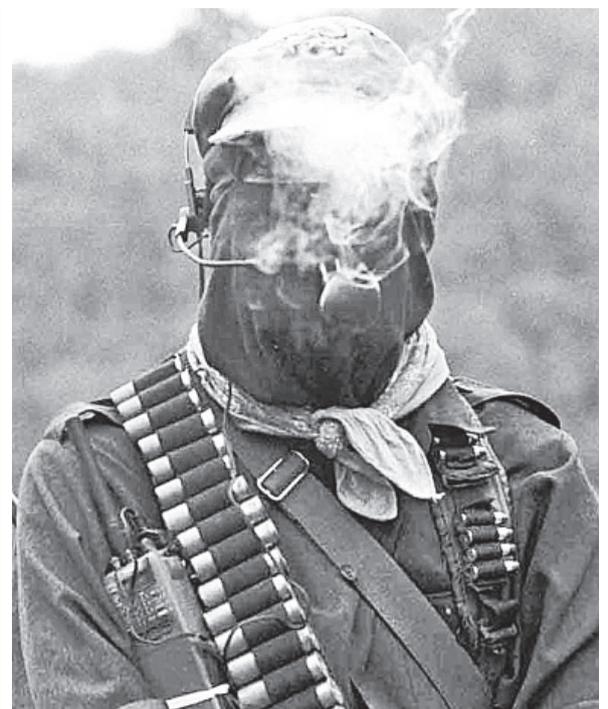
días después de la matanza de Acteal, 3 de enero de 1998.



▲ Durante las evacuaciones por la erupción del volcán Guagua Pichincha, Ecuador-Quito. Foto: Pedro Valtierra.

“

El hijo de Socorro Ruvalcaba y de Juan Valtierra, autodidacta, bolero de 1971 a 1972, conserje de 1973 a 1975, fotógrafo en el diario unomásuno y jefe del departamento fotográfico de La Jornada en dos etapas (1984-1986 y 1995-2000), así como fundador tanto de la agencia como de la revista Cuartoscuro, en abril de 2025 cumplió medio siglo de encuadrar instantes, postales y retratos del mundo.



▲ Marcos. Foto: Pedro Valtierra.

que hables, preséntate, acepta si te invitan a comer algo... Y no contamines el ambiente, lo cual haces disparando fotos, llegando allí con tres o cuatro cámaras. Guarda respeto si ingresas a un lugar marginado: socializa, no andes como turista disparando con varios equipos, establece un diálogo a través de tu actitud. Siempre procuré no ser agresivo. Uno debe caminar, ver y observar.

El sufrimiento del prójimo

—¿Cómo lidia con las emociones emanadas de la propia cobertura de conflictos bélicos, guerrillas en Centroamérica, resistencias, rebeldías, y demás estadias en zonas con dolor y sufrimiento humano?

—Desde mis veintitrés años de edad estuve en lugares de conflicto en donde ves demasiado dolor y sufrimiento. Hay algo que me ofende mucho: la niñez y los ancianos pagando los costos

de la guerra. Ese dolor se transmite y acumulé bastante al ver tanta tristeza... Y nunca he sabido cómo sacarlo. Los periodistas recurrimos bastante al alcohol porque evadimos el tema de haber estado en un conflicto armado. Junto a Carmen Lira, por ejemplo, cubrí diversos eventos violentos y, al evocarlos, concluimos que nunca atendí esa sensación. Vas guardando el dolor ajeno. Uno aprende a vivir con eso sin dramatizar. Miras dolor en la guerra, pero también yendo al municipio más pobre o al ir a una comida en donde se reúnen los más ricos de México, pues no sólo en batallas armadas se sufre, sino también al ver la opulencia si la comparas con la vida del resto de la población. Los periodistas somos raros. En casa no sólo leemos las crónicas de Ryszard Kapuściński, quien escribió acerca de la guerra, sino que acudimos a ella. ¿Eso nos hace superhombres? ¡No! Asumamos nuestro oficio: somos los ojos de quienes no pueden estar ahí.



▲ Fotos: Pedro Valtierra.

VIENE DE LA PÁGINA 9/ PEDRO VALTIERRA...

A toda velocidad

–La gente muere a diario, el tiempo avanza inexorablemente, y el fotógrafo insiste en pausar un acontecimiento. ¿A qué velocidad labora quien se dedica a dicho oficio?

–El fotógrafo debe trabajar tan rápido como para ser capaz de ganarle al tiempo. Antes, uno iba a una orden de trabajo, tomaba las fotos y regresaba velozmente al periódico para revelar; nuestro enemigo principal era el tiempo. Ahora, en 2025, los chavos inmediatamente envían sus fotos al periódico o a la agencia. Remiten las fotos casi previamente a que los hechos ocurran... El tiempo influye y te hace ver de manera diferente porque, al llegar a un evento, sabes que necesitas hacer cinco o seis fotos. Debes pensar rápido. Al ser periodista, la exigencia de la prontitud siempre está encima de ti, eso genera que actúes diferente a la hora de hacer tu trabajo.

“La fotografía no es la cámara”

–Las dosis de sufrimiento ante el dolor humano seguramente se soportan al experimentar altos grados de regocijo alojados en el quehacer profesional del fotógrafo. ¿Usted en dónde halla placer dentro de su oficio? ¿En el disparo? ¿Al revelar? ¿Mirando su fotografía publicada?

–El placer es que no se te vaya la foto: llegar, observar y disparar. En la *prehistoria*, también el placer estaba al revelar y constatar que la imagen había quedado bien; aunque ahora eso ya no ocurre. Una tercera forma de placer se da cuando ves tu foto publicada. Para un fotógrafo de prensa no hay goce más grande... y si es en portada, mejor. Es cierto lo que dices: uno sufre, sí, pero en el fondo hay un placer.

–¿Cómo se nutre el olfato del fotógrafo?

–Con información. Al ver, saber, hablar con la gente, pensar y mirar fotografías. La cámara no te da todo, sino que el concepto y la idea provienen de tus lecturas, así como de las reflexiones hechas sobre el tema que cubres. Por ejemplo: en una cobertura de Carlos Salinas de Gortari o de José López Portillo, debes contar con información y saber quiénes asistirán, quiénes están peleados, quiénes son enemigos, quiénes se llevan bien. Con esa investigación estructuras tu pensamiento



En mi infancia cuidé chivas, y al acostarme bocarriba en el campo veía todo azul y temía: pensaba que caería o que esa inmensidad me absorbería. En Zacatecas, a veces te da miedo voltear hacia lo alto de tan azul que se mira todo.

y puedes darle forma a las fotos. La fotografía no es la cámara. Puedes tener el mejor equipo, pero te haces fotógrafo mediante aquello que quieres decir y a través de tus ideas. Y, si tienes información, dices más cosas.

Chivas y nubes

“HACE MUCHOS AÑOS, en Fresnillo, Zacatecas, me entró un sentimiento intenso sólo por oler la tierra mojada y pensé: ‘nada más la tierra mojada y la tinta de los periódicos me hacen llorar’,” expresa Valtierra al evocar el lugar de su nacimiento. Así, pausa los ajeteos de su vida como habitante de Ciudad de México y, momentáneamente, posa la mirada en otros calendarios, otras geografías, próximas a la infancia de este destacado periodista.

–Si pudiera retornar a ese Fresnillo de su niñez, ¿existe algo que quisiera fotografiar?

–Sueño con retratar el cielo. En esa región del país, entre Zacatecas y Durango, el cielo es muy bello y me gustaría retratar las nubes porque, cuando fui niño, jugaba imaginariamente con ellas; aunque después me daba miedo al verlas tan bonitas y al mirar ese cielo tan azul. En mi infancia cuidé chivas, y al acostarme bocarriba en el campo veía todo azul y temía: pensaba que caería o que esa inmensidad me absorbería. En Zacatecas, a veces te da miedo voltear hacia lo alto de tan azul que se mira todo.

Disparar menos

–Tras medio siglo de dedicarse al oficio fotográfico y de capturar instantes del mundo, ¿qué hay al otro lado de la cámara?

–Me gustaría que, al otro lado de la cámara, no hubiera encontrado pobreza, marginación ni enfermedades. En verdad, sí pensé que mis fotos en el periódico ayudarían a mejorar mi tierra, el país y este planeta. No dramatizo ni exagero, pero veo que mis imágenes no ayudaron en tal labor. ¿Me arrepiento de haberme dedicado a este oficio? No, sólo debo entender que así es el mundo.

–¿En el fotógrafo existen pasajes de atasco o neblina que le impidan capturar fotografías de calidad idónea?

–Ocurre igual que con quien escribe. No todo lo que haces es bueno, sino que debes trabajar mucho, disparar menos; aunque, a veces, las cosas no salen bien. Te comparto una historia: un día, tras una junta en el periódico *uno-másuno*, el director Manuel Becerra Acosta me preguntó si determinadas fotos eran de mi autoría, y le respondí que sí. Entonces, él reviró: “Usted fue al evento; pero no estuvo allí.” Tenía razón, pues yo andaba distraído con algunos problemas míos y sabía que las fotos no estaban bien. En este trabajo debes estar mentalizado y listo porque, si *no estás*, se nota.

No mentir

–¿Cómo ha preservado dosis de libertad dentro de su quehacer profesional?

–No es fácil. Soy un fotógrafo con suerte porque he trabajado en medios que siempre me permitieron hacer el trabajo que me interesa. Además, creé una empresa llamada Cuartoscuro, la cual se rige bajo esos principios de libertad. Soy afortunado porque hice una agencia preocupada por los temas sociales, pues pienso que el periodismo sí es negocio, pero también tiene una responsabilidad social. Nunca hemos colocado al interés económico por encima de los intereses periodísticos. Mis maestros fueron personas que hicieron periodismo y siempre estaban presentes en su deber social. Nuestra única línea, en Cuartoscuro, es contar lo que pasa y contarlo bien, es decir: no mentir ●

SER LO QUE SE ESCRIBE Y VICEVERSA

Dos terruños,
Eduardo Mosches,
Universidad Autónoma de la
Ciudad de México,
México, 2023.

Ser lo que se escribe. Escribir lo que se es, reza uno de los epígrafes, y no puede ser más acertado para describir, de manera muy breve, este libro de Eduardo Mosches. En un viaje a lo largo de ochenta y ocho poemas, tres de ellos escritos en formato de prosa, Eduardo nos muestra, por el ojo de la cerradura de su numen poético, su ser y estar en el mundo, en un periplo entrañable que va de la infancia a la adultez, de la partida al regreso, de la melancolía a la sonrisa que despierta la esperanza, del recuerdo a la vivencia presente, de lo puramente lírico a la reflexión y dolencia colectiva, de las pardas aguas de un río sureño a las olas del norte donde, también, asoman las manos de los rebeldes arrojados al fondo del mar.

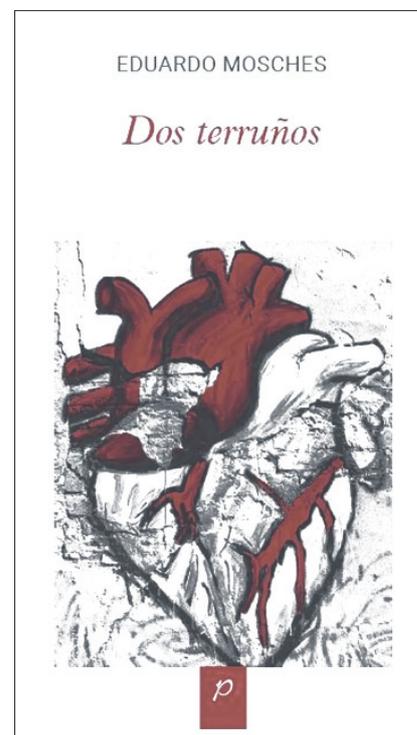
Dos tierras, terruños, como él las llama cariñosamente que, a pesar de encontrarse en polos opuestos, comparten las alegrías y dolores que se han adherido al paso del poeta para quien no hay experiencia inútil. La prueba es este libro donde la ternura de las remembranzas familiares se mezcla con el dolor de una cruenta realidad insoslayable. “Mi existencia se encuentra plena/ de pulmones ojerosos.” Se respira, pero duele. Se vive, pero se sufre. Se sufre el exilio, la imparparable repetición de la injusticia.

El poeta realiza un ejercicio de la memoria donde aparecen los jóvenes que durante las dictaduras argentina y mexicana de los años setenta fueron arrojados al mar como peces sin branquias. En México también, en esa década se realizó ese tipo de asesinatos a la juventud que reclamaba su derecho a soñar con un país justo, sólo que en lugar de un río fue el océano Pacífico, desde donde los aviones Aravá, de origen israelí, despegaban desde las costas de Guerrero en los llamados vuelos de la muerte.

Eduardo dice: “Ese río sin culpa/ fue utilizado de cementerio humano”, y luego en “El espejo” prosigue: “en ese río color ocre vencido/ los aviones lanzaron/ pedazos de esperanzas envueltas en piel joven/ hoy algunos pescadores esperan/ ese pez que asfixiado por el aire/ se retuerce con deseo de vida”. Tremenda metáfora.

Eduardo dibuja también su Buenos Aires porque el origen es el ombligo de la identidad que siempre nos acompaña. Así nos lleva al patio de su casa “donde en plena niñez/ me placía roer zanahorias/ dando vuelta a las hojas/ de algún libro”. En “La silla vacía” dice: “Mi abuela/ como el azúcar de su té/ nos acariciaba con su comida/ el abuelo de barba dura/ abrazaba con sus manos grandes/ y estampaba ruidosos besos/ La memoria envuelta en la mesa del afecto.”

Visitamos esa casa donde “el pan tierno, las copas con vino dulce y las galletas con sabor a abuela” alumbran la memoria que transcurre luego por las calles húmedas de la otra ciudad, ésta, donde “las hojas de los árboles/ cambian muy poco de color/ caen y se duermen/ arropadas por la manta del smog”. La ciudad donde el poeta pierde la sombra incinerada por el sol dejándolo en soledad. El exilio es un hueso duro de roer.



Cuesta trabajo acostumbrarse al nuevo terruño: “Las suelas gastadas eran mensajes para la memoria.” Los “sueños caminan con dificultad/ Pero caminan”. Un día, los pasos del poeta llegan al mar porque “deseo encontrar un posible trébol de cuatro hojas/ esas flores de amarillo intenso/ que insinúan un camino hacia el sol atardeciendo”. Ese lugar donde las olas recuerdan que las cenizas del padre nómada reposan al ritmo de la marea, aunque, recuerda, no le gustaba nadar.

Pero no sólo habitan este libro los jóvenes bonaerenses, Eduardo no se olvida de las 43 sillas blancas en una plaza donde la memoria dolorida se mezcla con los puestos de fritangas; ni de las mujeres asesinadas, allá y acá, por el solo hecho de ser mujeres. Mujeres vestidas de blanco, mujeres con pañuelos verdes, mujeres, dice, de “sonrisas caídas/ desmayadas en la carne modelada a golpes/ cuerpos femeninos que ya no corretean/ ni lanzan canciones al viento porque NO TODO ES MAR ALEGRE”.

En el poema en prosa “Los desaparecidos ya no lo están”, uno de los más entrañables, Eduardo habla de esos fantasmas que “no son invisibles... discrepan, danzan, caminan... gritan miles de flores amarillas hechas consignas, salta el fuego de sus bocas, son dragones de amor. Juntando granos logramos crear montañas”, afirma reuniendo en un poema a los que ya no están representados por los que hoy siguen gritando.

A veces, envuelto en las imágenes de la infancia y el trashumar entre dos terruños, se sumerge en paisajes surrealistas donde el río se hace amante de las mujeres que saltan pidiendo justicia y, desbordado, escala el obelisco de la 9 de julio acompañando su grito. Eduardo escribe lo que es y es lo que escribe porque, a pesar de “las uñas de la rabia/ A veces cuesta sonreír/ pero es posible.” ●

Qué leer/

Jaume Subirana

Literatura,
lengua y lugar

Termodinámica aplicada

Traducción
Juan Gabriel López Guix

nuevos cuadernos anagrama

Literatura, lengua y lugar. Termodinámica aplicada,

Jaume Subirana,
traducción de Juan
Gabriel López Guix,
Anagrama, España,
2025.

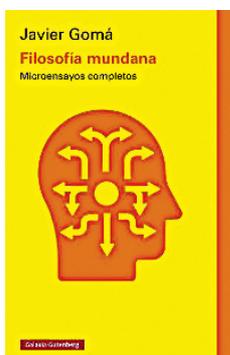
EN *LITERATURA, lengua y lugar* Jaume Subirana analiza, a través de los conceptos de la termodinámica, qué ocurre en la concurrencia de las tres nociones en un mundo apresurado y variable. El autor barcelonés dice: “El tema de este breve ensayo es, tal como indica su título, lo que ocurre hoy con la combinación de literatura, lengua y lugar en un espacio muy concreto: el de la lengua catalana, vista, empero, como síntoma de dinámicas que no nacen ni se agotan en ella, pensada como un buen ejemplo o caso de estudio de cuestiones generales que adoptan en cada circunstancia tonos diferentes y, al mismo tiempo, son siempre comparables.” El tema es la mezcla de tres elementos vinculados y manifiestos en la literatura catalana contemporánea.



Excéntricos,
Geminello Alvi,
traducción de José
Moreno, Acanalado,
España, 2025.

FERDINAND VON Zeppelin, Cary Grant, Gerónimo, Yves Klein, Carlo Lorenzini, Carlo Collodi, Ned Buntline, Shinshō Hanayama, Giovanni Raicevich, Jules Védrynes, Howard Phillips Lovecraft, Arletty, Otto Lilienthal, Pellegrino Artusi, Ehrenfried Pfeiffer, James Stewart, Emilio Salgari, Raffaele Bendandi, Gene Tunney, Giovanni Gerbi, Barón von Ungern, Edward FitzGerald, Mario

Bava, George Trakl, Erich von Stroheim, Therese Neumann, Amadeo Bordiga, Hans Christian Andersen, Antonio Pizzuto, Saint-Yves d'Alveydre, Jorge Chávez, Pancho Villa, Buster Keaton, George G. Ritchie, Silla Del Sole, Henry-Alexandre Legrand, Oliver Hardy, Greta Garbo, Jean-Julien Champagne, Swami Sohong, John Ronald Reuel Tolkien y Monsieur Willy son las cuarenta y dos personas que Geminello Alvi aborda en su libro. Cada ser “vive y piensa en los márgenes.”



**Filosofía
mundana.
Microensayos
completos,**
Javier Gomá, Galaxia
Gutenberg, España,
2025.

PARA JAVIER GOMÁ –según el editor Joan Tarrida–, *Filosofía mundana* se deslinda de las complicaciones específicamente filosóficas –las que sólo importan a los expertos del método– y escoge como argumentos “los asuntos que a todos nos conciernen –la individualidad, la belleza, la fortuna, el amor, la felicidad, el enigma de la vida, la muerte–, proyectando sobre ellos, eso sí, la luminosidad de una mirada filosófica.”

Dónde ir/

El México de los mexicanos III.

Curaduría del equipo de Fomento Cultural Banamex.

Palacio de Iturbide (Francisco I. Madero 17, Ciudad de México). Hasta el 21 de septiembre. Lunes a domingos de las 10:00 a las 19:00 horas.

EL MÉXICO DE los mexicanos III es una exposición fotográfica que muestra nuestra cultura. La tercera edición se basa en las tradiciones y las prácticas de la gente. Procura “conocer y analizar el entorno económico, político y social del país [y] valorar y difundir los rasgos de la cultura e identidad nacionales”, según los curadores. La exhibición está compuesta por cuarenta y cuatro fotografías. La imagen que se muestra en esta página



fue capturada por José Juan Figueroa Baltasar en Rosarito, Baja California.

Romeo y Julieta.

Dramaturgia de William Shakespeare.
Dirección de Diego Álvarez Robledo.
Con Jaime Enrique Orozco Yapor, César Tapia,
Roberto Blancarte, Alexander Bravo, Sebastián
Cevallos, Katia Celada, Melissa Alexandra, Fátima
Méndez, Alex Barba y Abril Cuentos. Teatro La
Capilla (Madrid 13, Ciudad de México). Hasta el 25
de agosto. Lunes a las 20:00 horas.

PARA MANUEL Ángel Conejero-Tomás Dionís-Bayer –filólogo español experto en la obra de William Shakespeare– “la densidad emotiva de *Romeo y Julieta* es, probablemente, la causa de la fascinación que ha ejercido en todos los tiempos. Cuatro conceptos son determinantes en *Romeo y Julieta*: el destino, los presagios que preludian un fin trágico; la acción, propiciada por la enemistad de las dos familias y la precipitación en las decisiones; el amor, en continuo contraste con el odio; y la muerte, como única forma de perpetuar un amor que tan sólo encuentra obstáculos a su paso.” ●



En nuestro próximo número

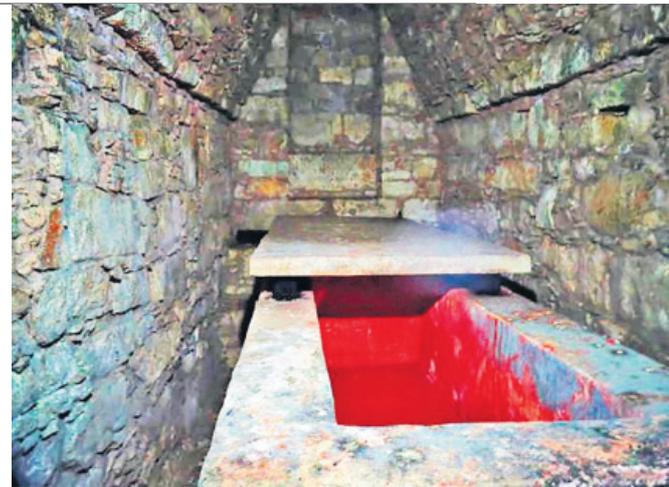
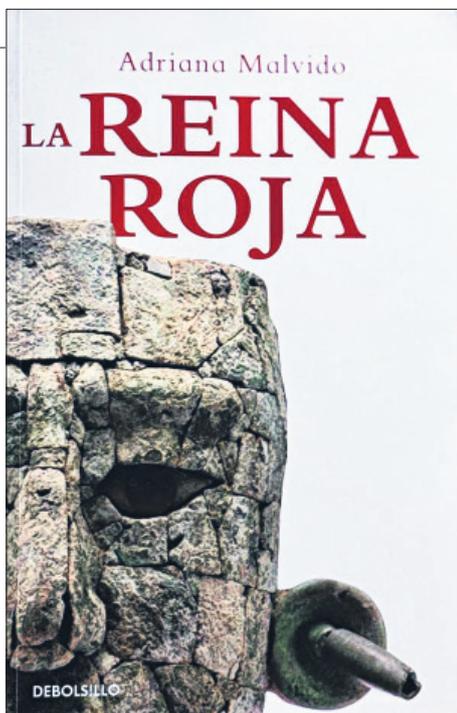
LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA SEGÚN

JOSÉ SARAMAGO

La Jornada

SEMANTAL

SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA



1 2

3

▲ 1. La Reina Roja de Adriana Malvido.
▲ 2. Tz'akab' Ajaw, La Reina Roja.
▲ 3. Sarcófago de La Reina Roja.

Artes visuales / Germaine Gómez Haro

germainegh@casalamm.com.mx

La Reina Roja de Palenque a tres décadas de su hallazgo

Se cumplen treinta y un años de la excavación del templo XIII de la Gran Plaza de Palenque, donde se llevó a cabo el descubrimiento más importante de la historia de la arqueología maya reciente, con el hallazgo de una cámara mortuoria que albergaba un misterio insondable. La periodista Adriana Malvido, entonces colaboradora de *La Jornada*, se ganó a pulso el privilegio de ser testigo presencial exclusivo la noche del 1 de junio de 1994, cuando el equipo dirigido por el arqueólogo Arnoldo González Cruz abrió el sarcófago que contenía los restos óseos de un personaje desconocido, cubiertos en su totalidad por cinabrio, el pigmento rojo asociado a los rituales de la muerte, flanqueado por la osamenta de otros dos individuos y un ajuar funerario que dejó a los ahí presentes sin habla. A partir de ese momento, Adriana –quien se unió al equipo los días previos– se ha convertido en la más acuciosa cronista del desenlace de las investigaciones sobre este tema. Presa de una pasión que considera “obsesiva”, sus pesquisas no han cesado desde esa noche mágica y así, año con año, cada 1 de junio ha publicado un texto periodístico con la información actualizada

sobre los descubrimientos e interpretaciones. La tercera edición de su libro *La Reina Roja*. Los secretos de los Mayas de Palenque, de reciente publicación, conmemora el 30 aniversario del hallazgo y reúne un nutrido corpus de información pormenorizada de actualidad en torno al enigmático personaje, cuya identidad no fue fácil de confirmar. Tuvieron que pasar varios años y el desvelo de un equipo multidisciplinario de arqueólogos, restauradoras, antropólogos físicos, epigrafistas e historiadores, para poder identificar a la entonces llamada Reina Roja como la esposa del Gran Pakal, cuyo nombre ahora conocemos: Tz'akab' Ajaw, “Señora de la Sucesión”.

A mi parecer, lo que deslumbra en esta narración que reúne la crónica periodística, la experiencia vivencial y la documentación bibliográfica fusionadas en un lenguaje a la vez técnico, cautivador y poético, es la pasión desbordante que la ha llevado a conocer a fondo el tema para presentarnos un relato donde mezcla el rigor de la investigación, el suspenso y la emoción desde la mirada transdisciplinaria de la escritora, que ha sido acreedora al Premio Nacional de Periodismo,

el Premio Pen México y el Homenaje Nacional Fernando Benítez que otorga la FIL de Guadalajara. A través de numerosas entrevistas, la autora nos presenta a los diferentes especialistas responsables de revelar los secretos que ocultó la Reina Roja por trece siglos, y cuyo invaluable trabajo ha hecho posible la reconstrucción de uno de los momentos más importantes de la historia de los mayas antiguos. Adriana traza a lo largo del libro diversos caminos para introducirnos de lleno en la historia de los mayas en el clímax de su esplendor en el Período Clásico, cuando reinó el Gran Pakal. Además de la crónica pormenorizada de los días previos en el campamento arqueológico y el desenlace la noche de la apertura del sarcófago, el libro relata las expediciones al área maya a partir del siglo XVIII por parte de los famosos exploradores europeos, la llegada y aportaciones de los arqueólogos modernos, y hace énfasis en la ardua labor de los epigrafistas –mexicanos y extranjeros– que se han dedicado al desciframiento de la escritura maya, hasta hace relativamente pocos años uno de los más grandes misterios de esa fascinante civilización.

Esta valiosísima tercera edición de *La Reina Roja* sigue siendo “un guión inacabado”, pues las pesquisas de Adriana Malvido no terminan aquí. La voz de Tz'akab' Ajaw, que la autora ha escuchado a lo largo de estos treinta y un años, la seguirá guiando hacia la luz de los nuevos descubrimientos de esta historia que no tiene fin. Quedan muchos misterios por desentrañar y estoy segura que la apasionada e incansable periodista nos los seguirá compartiendo para nuestro deleite ●



Tomar la palabra/ Agustín Ramos

... muchos Vietnam (I de II)

EL TERROR LO sentí a los seis años. Un coche patinaba en el asfalto antes de saltar a la banqueta y avanzar contra mí y contra mi hermanita.

Regresábamos, ella y yo, de preguntar si ya era hora de que cierta tía se fuera al Instituto Plancarte. Habíamos tocado varias veces y como no abrían nos sentamos en el quicio a esperar. Ahí llegó el terror. Un coche rodaba sobre sus rines, creo. Aunque puedo revivir el rechinar y las chispas del fierro en la guarnición, no estoy seguro de eso; de lo que sí lo estoy es de que antes de cerrar los ojos esperando lo inevitable alcancé a ver detrás del parabrisas unos lentes oscuros y detrás de esos lentes el pánico. Al verme ileso y al ver a Flor boca arriba pateé la puerta de lámina. Al instante, hecha una furia, apareció esa tía, que ahí tenía dieciséis años y aquí es menor que yo. No me pegó porque vio tirada a Flor.

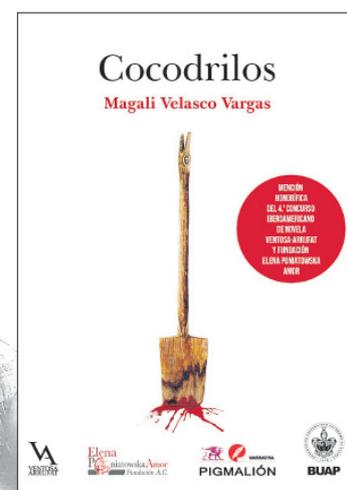
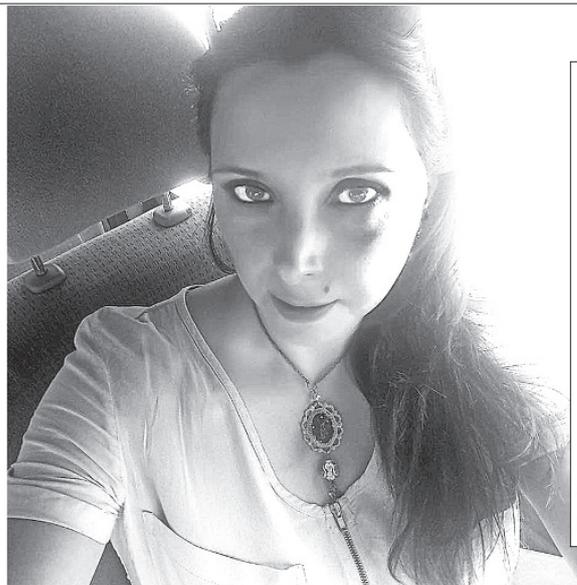
Cuando iba a cerrar la puerta, apareció el conductor del carro para impedirlo. ¿Por qué tenía esos lentes tan negros y un pánico gigante? Para comerme mejor, debí pensar. Preguntó por mi “abuelita y por la niña” y se largó en cuanto pude informarle que mi abue había recogido a Flor para llevarla en brazos al doctor Orozco, quien tenía su consultorio en nuestra misma manzana. No recuerdo más, yo tenía seis años y Flor cuatro. Me quedé solo igual que hoy, como calle a la entrada de los obreros a las fábricas y de las señoritas a las academias de corte y confección. Casi nadie tenía teléfono en Tulancingo, mucho menos televisión. Tampoco circulaban muchos coches...

A los diez años volví a sentir algo parecido, aunque no fue el terror súbito surgido de la bocacalle de Ocampo y Primero de Mayo. Era un mediodía de octubre de 1962 y el miedo se me había vuelto pantalón corto, odiosamente corto, ropa necesaria para salir de la mano de Flor. Ah, porque cuando las llantas delanteras chocaron en el filo de la acera el carro se desvió unos centímetros y apenas nos pasó rozando, machucándole a Flor los dedos de un pie y parte del empeine. A partir de ahí, si andábamos en la calle y oíamos o veíamos un auto, buscábamos refugio en la puerta más cercana, como escondiéndonos en el umbral más próximo después de molestar las pocas casas con timbre. Pasado el peligro dejábamos la trinchera. A los diez años, repito, viví de nuevo la pesadilla de la calle desierta.

El mundo se acabaría porque a la hora de entrada a las academias de corte y confección el comunismo iba, ¡pum!, a echar bombas atómicas a Estados Unidos y a México (empezando por Tamaulipas, más precisamente por Tuxpam, sic). Saliendo del colegio de monjas donde aprendí caligrafía, aritmética y horror al comunismo, intenté detener con toda el alma esa hora en el único reloj de casa, un despertador Westcloc que, literal, respingaba en la cocina cada segundo. La angustia –estreno de ropa interior, trusa y camiseta, calcetines, gota helada– repasaba mis vértebras como tabla del nueve. La aguja del minutero ya no era el carrito de feria chocón que zigzagueaba sino una guillotina.



HOY NADIE CONTIENE ni quiere ni puede detener el avance del becerro de oro hacia “un fin espantoso”. Sin embargo, sobre la desolación y los malos augurios, la memoria de la imposible victoria de Vietnam en 1975 nos bendice. Ningún gobierno se puede atribuir ni esa ni la victoria de 1945. Ni el de China ni el de la Unión Soviética estalinista. Ni siquiera Ho Chi Minh, muerto en 1969. Porque Vietnam venció, solita y sola, con todas todas las armas a su alcance, con las manifestaciones de la mejor humanidad, con la crítica radical del pensamiento y el arte, con boicoteos y paros, con la decencia del mejor mundo. Aquí y ahora, como entonces, venceremos. (Continuará.)



Biblioteca fantasma/ Evelina Gil Pesadilla veracruzana

LA LITERATURA NO es necesariamente un reflejo de la realidad pero está impregnada de ella. Y algunos autores/as poseen una sensibilidad particular para capturar las emociones generadas por eventos trágicos, verídicos, y hacer del dolor humano la médula de una narración de carácter universal. Una de las autoras mexicanas que logra vincular empáticamente a sus personajes con los lectores, es Magali Velasco (Xalapa, 1975), y su más reciente novela, mención honorosa en el cuarto Concurso Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska, *Cocodrilos* (Sial Pigmalión, BUAP, Fundación Elena Poniatowska Amor), recrea la pesadilla que representó la gubernatura de Javier Duarte, a quien se le nombra sólo una vez, y durante la cual ocurrieron tantas cosas que por el momento mencionaremos nada más los asesinatos de periodistas y los miles de desaparecidos que hicieron de aquel estado una inmensa fosa común.

Inspirado en un caso real (uno de tantos pues se ha perdido la cuenta de cuántos periodistas han sido asesinados y/o desaparecidos en nuestro país), *Cocodrilos* tiene un arranque detectivesco, un sigiloso encuentro entre un joven fotoperiodista de nombre Santiago Becerril y su querida maestra, Amanda González, quien ha acumulado pruebas suficientes para responsabilizar de una serie de desapariciones al secretario de seguridad. Esta introducción nos lleva a esperar una historia tipo *El nombre de la rosa* (experimentado mentor; pupilo idealista), pero Amanda es asesinada casi en las primeras páginas, y Santiago se queda con las carpetas de su maestra y el deber moral de destapar la cloaca, metafórica y real, aunque posiblemente replique el destino de aquella. Más allá de exponer la trama policial, me interesa Santiago Becerril, personaje bastante rico en intenciones y en matices. Buen muchacho que se abre camino en un ambiente donde el valor, la bondad, la honestidad y la dignidad son más síntomas de ingenuidad que cualidades, por lo que mantiene un perfil bajo para no exponerse sin sentido, si

bien no consigue disimular su aversión hacia determinados personajes políticos con los que está obligado a convivir a diario, entre ellos, el gobernador. Pese a su juventud, Becerril tiene a cargo una madre que sufre una muy severa forma de TOC que, por supuesto, vuelve más ardua la existencia del muchacho que, encima, no pierde la esperanza de exponer la complicidad del gobierno local con el narco en cuanto a la oleada de desapariciones. El título de la novela tiene relación con el método que, se murmura, emplean los criminales para deshacerse de sus víctimas, aunque a Amanda la han dejado intacta, como enviando un mensaje a alguien determinado. Solitario en principio, Santiago encontrará una invaluable colaboradora en Daniela, una antigua novia de la que sigue enamorado pero quien comparte su vena justiciera, un tanto aventurera, además de ser sumamente inteligente. Entre ambos escarban las pistas dejadas por Amanda a través de una serie de entrevistas con madres buscadoras (que, infiero, es material real) y lo que van descubriendo es mil veces peor de lo esperado. Y en los lugares más impensados e inocentes.

Cocodrilos es una novela absorbente que no deja indiferente al lector. Expone realidades terriblemente dolorosas con una delicadeza digna de destacar. Imposible obviar la violencia, que es central; la descripción de hechos impregnados de una crueldad que rebasa cualquier límite, como lo son los asesinos burlándose de las madres de sus víctimas, o los que denigran a los muertos a la calidad de desperdicio; a quienes desconocen como semejantes antes, incluso, de eliminarlos con una crueldad que no procede del instinto animal sino de una infrahumanidad putrefacta. Pero ya desde *Cerezas en París*, su muy bella novela anterior, Magali Velasco me encandiló con estos retos estilísticos, este no renunciar a la poesía por espantoso que sea lo que requiere narrar. Eduardo Antonio Parra no exagera un ápice al afirmar que esta novela *duele* ●



Imagen de Alonso Arreola.

Bemol sostenido/ Alonso Arreola

@escribajista

Qué ingenuos...

LA PRIMERA VEZ que entramos a una tienda FNAC nos conmovimos mucho. Fue a inicio de los noventa. Lo recordamos bien. El concepto de “mega tienda de discos” estaba en boga gracias a cadenas como Tower Records, Virgin o HMV. Sin embargo, FNAC era diferente. Originaria de Francia, con sucursales en otros países francófonos o latinos, apostaba por una mayor atención al cine, la literatura, la fotografía y la educación. Cada establecimiento era centro cultural (nosotros mismos tocamos en uno). En ese entonces, claro, la venta de productos físicos alcanzaba para sustentar espacios formidables con empleados que aportaban hilos finos al entramado comercial.

Actualmente, viendo el cierre temporal de la emblemática FNAC en Callao en el centro de Madrid; auscultando el silencio de sus alrededores, pensamos en lo ingenuos que fuimos cuando estos bellos monstruos se nos aparecieron con su cualidad de Paraíso. Era casi cierto: podías encontrarlo “todo”. Internet estaba en su primera infancia y, lo que al principio parecía un triunfo para la melomanía de nichos, terminó arrasando con las tiendas de barrio, ésas que ahora resurgen tímidamente gracias a que las ventas en línea vencen a los grandes edificios.

La especulación inmobiliaria, desde luego y en contra, no cede en las rentas. Mucho del contenido que aparece con el vacío nuevo resulta más artificial que profundo. ¿De qué manera nos toca todo eso? La tienda de Callao presume que pronto tendrá una mejor experiencia con la mitad de su talla. Lo mismo pasa en otros rubros con Foot Locker, Sfera, H&M, Benetton y demás cadenas con presencia en este lado del Atlántico. Miles de personas quedarán sin empleo sustituidas por el consumo *online* (y hay que ver otras facetas del mañana, cuando Amazon ha anunciado que la IA reemplazará parte de su fuerza laboral).

Mientras eso pasa nos preguntamos: ¿aumentará la depresión cultural con esos cascarones prestos a convertirse en más restaurantes y comercios sin riesgo sensorial? (Además: zapatos y vestidos no son discos o libros.) En dicha transición, lectora, lector, la música va guardando silencio o se supedita a un fondo amable. Lo sabemos. Estamos alarmados de lo confirmado durante un viaje reciente.

En varias ciudades europeas ya no suenan intérpretes temerarios sobre las banquetas o estaciones del Metro; los clubes de música viva se extinguen o suavizan su menú audible; encontrar rock, jazz o rap conduce a festivales corporativos que repiten nombres, pues las áreas donde hervían, hoy gentrificadas, rehuyen del “ruido” nocturno y sus manadas. Los compositores nóveles o amateurs se acomodan en el zoológico-píxel, desinteresados en pisar madera. Y sí, mientras la música clásica mantiene su estatismo en salas y eventos especializados (independientemente de sus encomiables mutaciones estéticas), en donde hay más movimiento predomina la practicidad de diyeis así como las formas urbanas. En otras palabras: pasa lo que acá llevamos rato espejeando inevitablemente. Dicho ello, hay una vela encendida.

Partiendo de que México tiene cultura rica y diversa en sus capas intermedias (eso que enamora a los expatriados venidos en cascada), podríamos comprometernos simulando que este es un asunto urgente sobre... ¿ecología? Imaginemos que participar en –o pagar por– música viva, ajena a los festivales (sea la de un intérprete callejero o la de un grupo de free jazz en un club pequeño), podría salvar hectáreas de selvas y bosques sonoros. Imaginemos... Pero qué ingenuos somos... a quién le importa todo esto... Buen domingo. Buena semana. Buenos sonidos ●



Cinexcusas/ Luis Tovar @luistovars

Mundos distópicos latinoamericanos (II y última)

NO SIN PERTINENCIA, en la versión original de *El Eternauta* se ha querido ver una suerte de adaptación –libérrima, si fuera el caso– de *La guerra de los mundos*, la muy célebre novela que H.G. Wells publicara a finales del siglo XIX, en tanto ambas historias narran una invasión extraterrestre. Es indudable que, como autor de ciencia ficción, Héctor Germán Oesterheld debía conocer a la perfección esa obra fundacional del género y, por lo tanto, era consciente de la familiaridad temática entre ella y su *Eternauta*, pero las similitudes entre una y otra no van más allá de la mencionada invasión, así como la natural defensa que los terrícolas deben emprender.

A diferencia de su colega europeo, donde Oesterheld pone el principal acento es, sobre todo, en los preparativos, por decirlo así, de la invasión propiamente dicha: la nieve tóxica y letal que se ciernen sobre el planeta entero –de lo cual protagonistas y espectadores van enterándose simultáneamente–, en un principio surgida de no se sabe dónde ni por qué razón –más adelante en la trama uno de los personajes deduce la razón científica, que implica algo tan grave y al mismo tiempo tan improbable como la inversión de los polos magnéticos terrestres–; los recursos improvisados no para combatirla, cosa impracticable, sino para evitar la muerte al entrar en contacto con ella... Hay un énfasis particular en mostrar las fases del instinto de supervivencia en casos extremos, que a unos los vuelve solidarios y a otros los exhibe individualistas hasta la médula, que demuestra la racionalidad de algunos y la contrasta con la insensatez de algunos otros y que, inevitablemente, los confronta en la paradoja irresoluble de que ambos flancos buscan lo mismo –sobrevivir–, pero se afanan en direcciones opuestas.

Como es fácil deducir, la intención de fondo de *El Eternauta* consiste en mostrar, mediante la metáfora de la invasión externa,

lo que pareciera la intrínseca y tremenda dificultad humana, si no es que la imposibilidad total, para actuar colectivamente en función de su propio beneficio. Es en este punto donde la historia se vuelve universal: sin importar dónde se ubique geográfica y temporalmente, al abordar varios rasgos atávicos de nuestra especie –miedo a lo desconocido, reacción/acción ante una amenaza, voluntad gregaria, individualismo provocado por el pánico...–, la situación planteada pone al espectador frente a una pregunta hipotética que cada quien responderá en su fuero interno: ¿qué haría yo si...? A partir de ahí, las preguntas se multiplican: ¿Cuál de los personajes me representa mejor: el que corre cualquier riesgo con tal de encontrar a sus seres queridos?; ¿el previsor, que trata de anticiparse al caos y la situación todavía más extrema que todo indica se avecina?; ¿el que no se preocupa sino de su propia salvación?; ¿el que pasa por encima de los demás para lograrla?; ¿el que combate a los extraterrestres cuando por fin aparecen –y que, por añadidura, no son sino enormes bichos con los cuales cualquier forma de comunicación es imposible?

Si en términos narrativos *El Eternauta* es más que plausible, técnicamente no hay nada que reprocharle: por fuerza dependiente del recurso a la digitalización de sus efectos especiales, para fortuna del género y de su lugar de origen –es decir, una Latinoamérica prejuiciosamente tildada como incapaz de producir con eficiencia historias de ciencia ficción, como si ésta le perteneciera en exclusiva al “primer mundo”– posee la suficiente calidad visual para no desmerecer frente a cualquier otra producción de cualquier parte del mundo, amén de otros valores de producción como el desempeño histriónico, el diseño de arte, el montaje, etcétera. Habrá que ver, si se cumple la promesa de una segunda temporada, en qué medida se sostienen dichas virtudes o si sucede lo contrario ●

José María Espinasa**Antonio Ortiz Gritón y la reflexión digital**

▲ Antonio Ortiz Gritón. Foto: Francisco de Parres Gómez.

Un chat organizativo en honor de un artista plástico fallecido en 2024, Antonio Rafael Ortiz Herrera, conocido como *Gritón*, ha trascendido su naturaleza efímera y se ha convertido en un espacio propicio para la reflexión. Ese hecho detona la siguiente reflexión sobre la función y relación de los medios digitales en la vida cultural.

El 15 de diciembre del año pasado, cuando murió Antonio Rafael Ortiz Herrera, conocido como *Gritón*, el medio cultural y político mostró un enorme pesar: había muerto el amigo, el artista, el militante. La Secretaría de Cultura de Ciudad de México, a cargo de Ana Francis Moore, y El Museo de la Ciudad de México a cargo de Julia Cabrera organizaron, junto a la comunidad cultural, un emotivo homenaje en el patio central del recinto, con la participación de artistas plásticos, performancers, poetas, activistas, amigos, parientes... fue, realmente, como él lo hubiera querido, una fiesta, aunque estuviera teñida de tristeza por su repentino viaje.

Lo conocí hace más de cuarenta años, cuando empezaba a pintar; venía de la ciencia y el sobrenombre de *Gritón* le cuadraba muy bien. No lo traté mucho, pero cuando me lo encontraba me daba gusto y sentía simpatía por lo que hacía. En el homenaje pude ver cómo el cariño de una comunidad más bien acostumbrada a regatearlo crecía y crecía. Cuando se empezó a organizar se formó un chat colectivo que ejemplifica ese cariño y ese crecimiento. Y a pesar de lo dicho

“

Gritón me/nos da una lección: no estaba preocupado por la permanencia sino por el momento y consigue que un blog digital, condenado a ser efímero, permanezca mucho más allá de su finalidad práctica y que sus amigos y seguidores no sólo se informen de material documental sobre su vida y obra, sino que planean cosas, ediciones, exposiciones, homenajes.

en el párrafo anterior, me volvió a sorprender la efusividad y el aliento lúdico que ese chat recibió desde el principio y hoy, seis meses después, continúa recibiendo aún, pues el chat sigue abierto.

Es sobre la permanencia de lo digital que quiero reflexionar aquí. Una de las características de la web es su horizonte efímero. Pongo un par de ejemplos: Alejandro Aura tuvo durante un buen tiempo un portal en el que dialogaba con sus lectores, enviaba inéditos, reflexionaba sobre la enfermedad que le quitaría la vida, daba recetas de cocina... No sé qué pasó con el archivo digital. Su cercana amiga María Cortina hizo una edición

impresa de esos textos, que publicó la SCCDMX, dirigida entonces por Eduardo Vázquez Martín. No recuerdo el tiraje, pero no creo que pasara de quinientos, no salió a la venta (se regalaba) y los ejemplares hoy en circulación son muy escasos. Tomás Segovia también mantuvo un blog muy activo los últimos años de su vida, pero de él creo que apenas la familia resguarda una copia digital. Ambas aventuras en la web me sorprendieron: yo, treinta años más joven que Segovia y quince más que Aura, no tengo ese interés en lo digital que ellos mostraban para encontrar un público lector y soy incapaz de hacer un blog; sigo, por cierto, escribiendo a mano y leyendo en papel, y veo, con miedo e impotencia, que mis alumnos jóvenes lo hacen cada vez menos: su universo es el digital.

Gritón me/nos da una lección: no estaba preocupado por la permanencia sino por el momento y consigue que un blog digital, condenado a ser efímero, permanezca mucho más allá de su finalidad práctica y que sus amigos y seguidores no sólo se informen de material documental sobre su vida y obra, sino que planean cosas, ediciones, exposiciones, homenajes. Su obra misma estaba marcada por esa disposición al momento, a la circunstancia, al hecho concreto. Y su militancia, que desde luego era política, estaba marcada por una idea de lo político mucho más amplia de lo que solemos entender con ese término. ¿Será ese un posible futuro de los materiales digitales? Ese, justamente, condicionado por una carga afectiva.

No hay que olvidar que el estilo expresionista a lo bestia, aunque dulcificado por su lirismo, del *Gritón*, viene de una plástica mexicana postsesenta y ocho (nació en 1953, tenía quince años entonces, lo que vivió fue la época de los grupos) y eso, que condiciona su voluntad de inmediatez y circunstancia, pide con mayor énfasis una documentación en papel. Por eso pienso que, como ha pasado con algunos diarios, que se mudaron a la web y luego regresaron al soporte tradicional, este chat debe llevar a una exposición y a un libro en papel. La polémica entre el virtuosismo técnico de algunos pintores más jóvenes y la reivindicación de una deliberada malhechura es un asunto que está lejos de zanjarse (yo pienso que no lo hará nunca). El quehacer vital del *Gritón* debe volverse un punto nodal para esa reflexión.

La necesidad de reacción lúdica e inmediata que provocó el '68 ante el hecho represivo provocó también en cierta manera una pérdida. El famoso rizoma deleuziano anunciaba la futura red digital y esa literatura menor convertida en un demonio de negras intenciones pero grises resultados, lo que nos entrega hasta ahora es un campo del insulto anónimo, la agresión gratuita y la falta de ideas. Que en un lugar, por azar tal vez, surja un posible antídoto, debería hacernos reconsiderar el uso de ese medio como elemento no sólo de difusión sino de creación.

El mencionado chat fue creado con fines prácticos, organizativos y administrativos, se volvió sin embargo algo más: una especie de plaza pública virtual en la cual se prolongó el homenaje del Museo de la Ciudad de México y de muchos otros lugares y momentos. Las antenas gritoniles se han vuelto un referente cargado de sentido, subrayado por su aparente sencillez. Así, la era digital no debe dictar su condición efímera, anómala y peligrosa, a la cultura, a la creación y a la política, a las que tiene tendencia a volver planas, sino que debe servir para potenciar la condición de acción que tiene esa actividad. De una manera no planeada se abre un camino a explorar en el mundo de la web en busca de una densidad mayor a la que nos tiene acostumbrados el medio ●